

Peter Sloterdijk  
**Sobre la mejora  
de la Buena Nueva**

El quinto «Evangelio»  
según Nietzsche

Discurso pronunciado  
el 25 de agosto de 2000  
en Weimar en conmemoración  
del centenario de la muerte  
de Friedrich Nietzsche

**Traducción de Germán Cano**

Ediciones Siruela

## Índice

<b>Sobre la mejora de la Buena Nueva</b>	9
I. Redacciones evangélicas	19
II. «El quinto»	41
III. <i>Esponsorización</i> total	65
IV. De soles y hombres	89

Sobre la mejora  
de la Buena Nueva

¿Cómo hablar de Friedrich Nietzsche? ¿Cómo hablar de su figura hoy en día, en el año 2000, en la fecha del centenario de su muerte física, a punto de acercarnos al primero de los milenios que, según él mismo había afirmado, tendrían necesariamente que datarse después de su persona? ¿Deberíamos decir que él también se encuentra sufriendo y descollando ante nosotros como ese mismo siglo en el que transcurrió toda su vida y del que se arrancó en pos de la gloria eterna de la autoría? ¿Debemos estar de acuerdo con su apreciación de que no era un hombre sino dinamita? ¿Debemos volver a hacer hincapié una vez más en la singularidad de su posición dentro de la «historia de sus influencias», a saber, la de que jamás un autor había acentuado tanto la distinción y atraído tanto a la vulgaridad? ¿Debemos diagnosticar que

con él arranca la era del narcisismo, manifestada en un primer momento como «rebelión de las masas», más tarde como «Gran Política» colectivista y, finalmente, como dictadura de un Mercado globalizado? ¿Debemos añadir que con él ha llegado a su fin la historia de la filosofía académica y empezado la historia artística del pensamiento? ¿O quizá deberíamos renunciar a realizar todo comentario y contentarnos con seguir leyendo y releendo a Nietzsche?

Me gustaría describir el acontecimiento Nietzsche como una especie de catástrofe dentro de la historia del lenguaje y, de paso, aportar pruebas para la tesis de que su intervención como neo-evangelista literario marca un punto y aparte en las condiciones de comprensión y comunicación de la vieja Europa. Para ello, partiré de entrada de la hipótesis de Marshall McLuhan, según la cual las pautas de comprensión sociales entre los hombres –sobre todo, lo que ellas son y hacen habitualmente– poseen un sentido autoplástico. Es decir, estas relaciones de comunicación proporcionan a los grupos la redundancia en la que les es posible vibrar; ellas marcan los ritmos y los modelos en

los que estos grupos se reconocen, y gracias a los cuales se reproducen casi en términos exactos; ellas generan además consenso interpretando el eterno retorno de lo mismo bajo la forma del himno hablado. En este sentido, los lenguajes son instrumentos del narcisismo de grupo; se tocan para afinar y volver a afinar a los instrumentistas; permiten a los hablantes sonar en los tonos idiosincrásicos de la autoexcitación; son sistemas melódicos orientados al reconocimiento que, en la mayoría de las ocasiones, ya también representan la totalidad del mensaje; su uso principal no tiene que ver con lo que en la actualidad se denomina transmisión de información, sino más bien con la formación de cuerpos grupales comunicativos. Los hombres disponen del lenguaje para poder hablar de sus ventajas, entre ellas –y no la menos importante– de esa insuperable ventaja que es poder hablar de sus propias ventajas en su propio lenguaje. De lo que se trata aquí sobre todo y fundamentalmente no es tanto de llamar la atención sobre los hechos como más bien de nimbar estos mismos hechos con un halo de gloria. Los grupos históricos de hablantes,

las tribus y pueblos, son entidades que buscan alabarse a sí mismas, entidades que impulsan ese idioma suyo tan difícil de imitar como un juego psicosocial del que pueden explotar ventajas a favor suyo. En este sentido, todo lenguaje, antes de convertirse en un procedimiento técnico, permite a cualquier hablante ensalzarse y glorificarse, y los discursos técnicos, aunque de manera indirecta, no pueden por menos de hacer el elogio de los técnicos. Incluso los lenguajes autocríticos se orientan a esta función de autoensalzamiento. Hasta el mismo masoquismo anuncia la distinción del torturado. Quien utiliza un lenguaje según su genuina función constitutiva, esto es, narcisista-primaria, expresa con su discurso siempre lo mismo: al hablante no le habría podido pasar nada mejor en el mundo que ser precisamente él o ella misma y dar fe en este lenguaje, y desde este preciso lugar, de la ventaja de poder estar en su propio pellejo.

Desde una perspectiva histórica, hay que reparar en el hecho de que antes de que el narcisismo primario se convirtiera, con la irrupción de la era moderna, en la seña de identidad de unas naciones tan absortas

en sus clásicos como en sus armas, en un primer momento este fenómeno sólo podía ser observado en el ámbito étnico y entre la realeza. Por lo que respecta al individuo, tendrá que pasar todavía algún tiempo para que su autoafirmación adquiriera la legitimidad suficiente para salir de las sombras del pecado y aparecer como el *amour-propre* en el siglo XVIII, la sagrada búsqueda del yo en el XIX, el narcisismo en el XX, y el auto-diseño en el XXI. Muy probablemente Nietzsche fue el único teórico del lenguaje de la Modernidad al que no le pasaron desapercibidas estas circunstancias tan fundamentales; en cierto momento, deduciendo la práctica de la oración de la elevación sentimental de un pueblo orgullosamente consciente de sus virtudes, afirmó: «Éste proyecta su propio placer [...] en un Ser al que se le pueda dar las gracias [...] uno está agradecido consigo mismo, entonces necesita a un Dios»<sup>1</sup>. Asimismo, en términos más generales, anotó en un texto anterior: «Bella locura la del lenguaje: gracias a él el hombre baila sobre todas las cosas»<sup>2</sup>. Si

<sup>1</sup> *Der Antichrist*, § 16, en Friedrich Nietzsche, *Sämtliche Werke*, Kritische Studienausgabe, KSA, vol. VI, pág. 182 [trad. castellana: *El*

reconstruimos el hecho afectivo religioso partiendo de esta gratitud autorreferencial, podemos definir el lenguaje como un médium que autoriza a los hablantes a expresar en voz alta las razones por las que se sienten henchidos de orgullo como dominadores. De ahí que la confesión de fe se convierta en el *modus vivendi* propio del acto de habla más noble. Se trata del gesto eulógico *par excellence*. Siguiendo esta investigación de los orígenes de la nobleza, el discurso y el silencio han de comprenderse como sendos *modi* de un sentimiento sublime que hace explícita confesión de su fe. Tanto en uno como en otro se expresa la automanifestación del éxito obtenido en la lucha por llegar al Ser: en el discurso como manifestación de derecho y de fuerza; en el silencio, como autorización a descansar en unas condiciones que no necesitan ningún tipo de justificación.

*Anticristo*, Germán Cano (ed.), Biblioteca Nueva, Madrid 2000].

<sup>2</sup> *Also sprach Zarathustra*, III, «Der Genesende», KSA, vol. IV, pág. 272 [trad. castellana: «El convaleciente», en *Así habló Zaratustra*, A. Sánchez Pascual (ed.), Alianza, Madrid 1985].